objetivos por los cuales fue ascendida a la categoría de ente social. De un lado confería a la existencia el sentido trágico y de lucha de la misma, y de otro abría campos para la necesidad, para la compulsión definitoria. Si la existencia era trágica, la lucha por la subsistencia, la vida, no podía serlo en menor medida. Había, por tanto, una enfermedad, la dolorosa, que obligaba al hombre a mostrar y aceptar su postración, su sometimiento a los designios divinos, su *nada* frente al Dios todo poderoso. Y sin embargo, el concepto de enfermedad se aplicó para la sanción de comportamientos desviados. Se dijo: Puesto que el orden resulta perfecto, puesto que ese orden impulsa el progreso, forzosamente quienes lo contravengan han de ser enfermos. Y como el "delito político", o el "delito social" llevaban ya a las prisiones a quienes violentaban las leyes de la política o de la sociedad, aparecieron los manicomios, apareció la psicología, apareció la psiquiatría, apareció, en definitiva, la violencia civilizadora vistiendo de ciencia los más refinados métodos de reclusión y tortura desencadenados sobre quienes no participasen del engranaje tejido por el productivismo, contra quienes dejasen volar libremente la imaginación, la mente, el simple gesto, a la búsqueda de la propia satisfacción.

Ese Medio enfermo, masturbadoramente enfermo, calificó de enfermos a quienes osaban no masturbarse con lo que Unamuno llamó el sentimiento trágico de la vida. Su enfermedad violenta arremetió contra la imaginación y el libre sentimiento. Se consideraba enfermo a quien cantaba una alegre canción en un velatorio, por ejemplo, pero no a quien rezaba y golpeaba sus pechos con puños cerrados frente a cualquier imagen, mientras pedía perdones para sus impuros actos que habrían llenado de tristeza y dolor a Nuestro Señor.

Ese Medio enfermo creó la psicología y la psiquiatría, igual que el Capital creó el Estado, y el Estado creó los ejércitos y la policía. El Medio enfermo, violento, cristiano, creó sus fuerzas represivas para actuar allá en donde la policía o el ejército no deberían hacerlo por ser otras sus competencias asignadas. Había que aislar a quien no produjera, simplemente, y nada mejor para ello que elaborar una ciencia preñada de toda la carga de premio y castigo, dolor y placer, vibrante en cualquier cuadro o imagen representante de la pasión y muerte de Jesucristo. Nietzsche decía que la especie más viciosa de hombre es el sacerdote porque enseña la contranaturaleza. Pues bien, de sacerdotes, monjas, médicos, psicólogos y psiquiatras, ha llenado la civilización nuestras vidas. Si un hombre evita el encuentro con la policía, la confrontación directa con el Estado, en su vida, difícil es que en algún momento no se vea asediado por los sacerdotes, por las monjas (gran cantidad de ellas sirven en hospitales psiquiátricos), por los psicólogos o los psiquiatras. Las empresas contratan los servicios de psicólogos que, naturalmente, seleccionarán para un empleo a quienes hayan sido ya lo suficientemente torturados por el Medio, lo suficientemente anulados, y que muy difícilmente (sobre todo desde la aparición de organizaciones sindicales pactistas) lucharán no sólo por mejorar sus condiciones materiales sino por ser hombres libres, concepto éste de hombre libre que escapa a cualquier maridaje con el concepto de producción, de Estado, de Capital. O si un hombre cae enfermo mientras produce, cae *mentalmente enfermo*, se ve aquejado por una depresión (que el Sistema llevó a su espíritu), y deja de producir o produce en menor cantidad desligándose además de su entorno social, entonces aparecerán los psiquiatras para ajustarle las piezas desajustadas, para volverlo a convertir en la maravillosa máquina productora que era. Y si nada consiguen con él, entonces la reclusión, la marginación absoluta caerán sobre sus hombros como castigo a esa su desviación, a ese su abandono. Esa es la misión del psiquiatra. Han sido creados para ajustar o desguazar. Han sido puestos en el Medio, por el Medio, para cumplir la sentencia de muerte a la vida, divisa de la civilización cristiana. No es casual que en las facultades de psicología abunden los alumnos curas y monjas.

LA ANTI-PSIQUIATRIA
(De cuando el tormento se humaniza)

Puede trazarse un paralelismo entre la relación psiquiatría-antipsiquiatría y reacción - progresivismo político. Si la reacción y el progresivismo político lejos de ser antagónicos resultan completamentarios por cuanto el progresivismo no tiende a la anulación del Medio, del Estado, sino que tiende a una modificación, a un reformismo en definitiva, la psiquiatra es complementaria de la antipsiquiatría por cuanto esta última no subvierte los conceptos. Dice que el Medio está enfermo. Pero no propugna la abolición del Medio por cuanto continúa trabajando con *enfermos mentales*. Acepta la calificación de *enfermos mentales*, y a lo más que ha llegado ha sido a una "humanización", a un mejor trato del aislado. Cierto que los antipsiquiatras han desterrado los métodos brutales del electrochoque, cierto que han concedido en muchas de sus clínicas experimentales un régimen de prisión abierta, que se han prestado a la convivencia, al diálogo con los *enfermos*. Pero ellos seguían siendo los médicos, los *sanos*, y los recluidos seguían siendo los pacientes, los *enfermos*. La prisión abierta no deja de ser una prisión. El carcelero, por muy solícito y dialogante que se muestre no deja de ser carcelero.

La antipsiquiatría, en la medida en que no cuestiona como fin último y motor de su razón de ser la abolición de la psiquiatría, la abolición del concepto de *enfermedad mental*, en la medida en que divide a los habitantes de sus centros de experimentación (y qué puede haber más represivo que esa propia denominación), en médicos y enfermos, es también represiva. Un psiquiatra intentará, antes de castigar en caso de que el paciente no siga sus instrucciones, intentará devolverle al ambiente en donde antes producía. Un antipsiquiatra quizás trate de que su paciente *se encuentre a sí mismo* pintando cuadros, por ejemplo, en cuyo caso le estará induciendo, le estará motivando, le estará dando argumentos *diferentes* para mejor malvivir cuando se reintegre al Medio. Pero nunca irá con él a combatir al Medio. Y si el paciente se va al combate con el Medio, el antipsiquiatra hará todo lo posible para que no ocurra eso; como en política, hablará de lo inadecuado de las condiciones objetivas. Por algo es un antipsiquiatra de la psiquiatría.

Finalicemos citando de nuevo a A. Artaud, ese hombre libre a quien no encadenó la mente ni el más brutal oficialismo, ni el más odioso culturalismo. Ese hombre libre contra quien nada pudieron los psiquiatras, la iglesia, el Estado. Ese hombre libre, Antonin Artaud, que seguía gritando a pesar de las cadenas, que continuaba pensando no obstante los medicamentos ansiolíticos, que seguía escribiendo a pesar de la violencia ajena a él que quería enmudecerle la pluma, escribió: "*Protestamos contra toda interferencia en el libre desenvolvimiento del delirio. Es tan lógico y legítimo como cualquier otra sucesión de ideas o actos humanos. La represión de reacciones antisociales es tan quimérica como inaceptable en principio. Todos los actos individuales son antisociales. Los locos, sobre todo, son víctimas individuales de la dictadura social. En nombre de la individualidad que pertenece específicamente al hombre, demandamos la liberación de esas gentes, convictas de sensibilidad. Porque aseguramos a ustedes que no hay leyes suficientemente poderosas para encerrar a todos los hombres que piensan y actúan*".

J.-L.M.R.

(Tomado de "Bicicleta", No. 25, Marzo 1980, España).